

# La tecnología como único legado del siglo XX

J. J. MARTÍN-PEREDA

A medida que va cayendo el telón, y cuando dentro ya de muy poco concluya la obra que todos hemos representado a lo largo de este siglo, comienza a entrar la duda de qué recuerdo dejarán en nuestra memoria, o en la de los que nos sigan, todos esos años que han transcurrido desde que se inició la representación. De cualquier pieza escénica lo mejor que podemos decir de ella es que nos evoca momentos agradables o momentos tristes, que gracias a lo que vimos nos surgieron ideas o se nos aclararon conceptos. Lo peor, que no nos haya dejado ningún recuerdo, que pasó por nuestras vidas, quizá muy intensamente, pero que ya no queda ningún rastro de lo que intentó decirnos. ¿Cuál será la imagen que se guardará del siglo XX?

Los últimos cinco años han visto un vertiginoso desarrollo de acontecimientos de todo tipo que nos han dejado sin saber qué pensar o qué hacer. La mayor parte de las ideas que habían estado vigentes durante lustros, han caído como si hubieran sido construidas con arena. Instituciones que parecían sólidas y cimentadas en la roca se han desmoronado al primer asomo de viento. Conceptos sobre los que se habían fraguado las vidas de media humanidad, han resultado ser hueros y sus conclusiones falsas. Parece lógico, a la vista de todo ello, preguntarnos qué herencia podremos dejar al próximo siglo o, mejor aún, qué contribución hemos sido capaces de hacer para edificar el próximo milenio.

Si hicieramos un rápido inventario de lo que recordamos que nos han legado los siglos pasados, enseguida vendrían a nosotros movimientos filosóficos, artísticos o literarios que se han mantenido casi incólumes según iban pasando los años. Todavía seguimos sorprendiéndonos ante las pequeñas iglesias románicas y mostrando nuestra admiración por la obra de Galileo; los ideales de la revolución francesa siguen inmutables y las tragedias griegas conservan la misma fuerza que cuando fueron escritas. Pero del siglo XX, ¿qué nos quedará mañana?

Quizás deberíamos preguntarnos primero cuándo comenzó realmente el siglo XX. El año 1901 es tan sólo una referencia arbitraria. Así como el siglo XIX comenzó de hecho en 1789, con la toma de la Bastilla, el XX lo hizo algo después del año oficial de su llegada. Quizás la fecha más segura sería el de 1918, momento en que concluyó la primera Gran Guerra y se asentaron la mayor parte de las estructuras básicas con las que nos hemos acostumbrado a vivir hasta hoy. Salvo ligeras variaciones, las ideas políticas, artísticas, científicas y filosóficas, la cultura, en fin, que hemos manejado hasta hoy, por aquellos días iniciaba sus primeros pasos o su asentamiento. Una

larga serie de *ismos* de todo tipo comenzó su andadura. Todos ellos, durante el tiempo de su esplendor, parecía iban a constituir las bases para el asentamiento de algo diferente a nuestro alrededor. Pero, ¿qué queda hoy del existencialismo, del dadaísmo, del estructuralismo, del teatro del absurdo; de casi todos los *ismos* políticos nacidos desde entonces? ¿Qué influencia tienen hoy sobre cualquiera de nosotros, aparte de la mera nostalgia para unos o la curiosidad para otros? ¿Cuántos serían capaces hoy de aguantar sin pestañear los filmes con *mensaje* o los de la entonces pomposamente llamada *nouvelle vague*? ¿A dónde han ido las ideas de mayo del 68? ¿Qué camino seguirán, dentro de unos años, las fronteras geográficas que se fueron marcando desde entonces?

Todo lo anterior, como es lógico, es demasiado exagerado y demasiadas precipitadas sus conclusiones para que no deban considerarse más que una mera divagación de café que, con toda seguridad, podría aplicarse a cualquier período de la historia. En la mente de todos surgen trozos del siglo XX que, casi sin ninguna duda, se mantendrán mientras queden seres humanos sobre la Tierra. El mensaje del *Guernica*, algunas de las canciones de los Beatles, ciertas películas de los treinta y los cuarenta, el pacifismo de Ghandi... forman parte de una muy larga serie de hechos y personas que se mantendrán vivos aunque algunos no estén presentes. Pero, como movimiento global, ¿qué nos ha dado el siglo XX?

Y la respuesta es que, quizás, la principal contribución que nos ha dejado y por la que podrá ser recordado en siglos venideros es la de la profundización de una cultura y de un desarrollo tecnológico como antes no había tenido lugar. Y recalco lo de *desarrollo tecnológico*, dejando a un lado el desarrollo científico que algunos podrían agregarle. El verdadero desarrollo científico tuvo lugar durante el final del pasado siglo y los primeros años oficiales de éste. Lo que ha venido detrás, lo que estamos viendo hoy, es sólo el asentamiento tecnológico de la cultura científica que se asentó entonces. Igual que se ha dicho antes, podrían sacarse también a la luz logros científicos surgidos en los últimos años. Pero la cultura que se ha creado a nuestro alrededor no es científica, sino tecnológica. Y esa ha sido nuestra principal contribución. Igual que de la civilización romana nos han quedado sus acueductos y sus calzadas, sus máquinas civiles y de guerra, su legislación (que viene a ser como una *tecnología* de las ideas), de la nuestra quedarán nuestras redes de comunicaciones, nuestras máquinas de calcular y nuestro sistema ciencia-tecnología-industria-mercado-servicios. Si la civilización ro-

mana se basó en la cultura helénica previa, la nuestra se ha asentado sobre la europea del pasado siglo. Nuestro siglo se ha limitado a tomar las ideas que otros habían gestado y, con ellas, estructurar una forma diferente de vivir muy alejada de la anterior. A esta forma de vida occidental, en la que la tecnología es parte esencial, se le ha concedido el papel de protagonista. Ya no son las ideas o los conceptos la raíz motora de los actos. Ahora es un progreso que sólo tiene como objetivo la consecución de nuevos logros tecnológicos. Logros tecnológicos que únicamente tienen sentido cuando son puestos en el mercado y adquieren un precio.

El inicio del siglo XX vio cómo, en el centro de Europa, unas fronteras se derrumbaban y se creaban nuevos estados. Vio cómo, para asentar una parte del Oriente Medio, se trazaban límites entre regiones que casi sólo podían verse en un mapa, porque en la realidad se encontraban sobre la arena de un desierto. Vio cómo unos intereses económicos se enmascaraban con el ideal de difundir una cierta civilización. Vio cómo entre dos o tres países se repartían el mundo.

El final del siglo XX contempla cómo se intenta volver a las primeras fronteras, cómo el Oriente Medio sigue sin estar asentado, cómo los intereses económicos siguen enmascarándose con otros ideales, cómo entre los mismos países se sigue decidiendo el futuro de los demás. Parece como si los años transcurridos entre 1918 y hoy no hubieran existido. Como si el siglo XX hubiera sido sólo la imagen virtual de una serie de años que no tuvieron existencia física. Todo parece estar como antes. Los fundamentalismos religiosos siguen siendo la fuerza que hace mover a millones de personas. Los nacionalismos son más fuertes que antes y el internacionalismo que se intentó desarrollar, sólo un recuerdo caduco. El *art nouveau* vuelve a flotar como en su momento de auge, ayudado por ese cajón de sastre de todos los estilos posibles que es el posmodernismo, tan *camp* o más que su predecesor. Y la Europa del oeste intenta encerrarse en sí misma merced a tratados de unión económica, sucesores de los antiguos matrimonios entre casas reinantes. Sí, los años que han transcurrido desde 1918 es como si no hubieran pasado. Si el siglo XVIII fue el siglo de las luces, el XX podría ser el siglo virtual. Y lo podría ser si los millones de personas que han muerto en todos los intentos hechos por hacer que un *ismo* predomine sobre otro también hubieran sido virtuales. Desgraciadamente, en este caso, fueron reales.

Sólo la tecnología quedará como herencia para el futuro. Y con ella, si que nada podrá ser ya como antes. Ése será nuestro único legado.